

¿París o Escandinavia?



Haya de la Torre con Willy Brandt (Alemania) y Olof Palme (Suecia).

Un brillante diplomático indoamericano, antiguo amigo mío radicado en París, suele instigar su amable relación epistolar conmigo espoleando motivaciones polémicas.

“¿Por qué vuelve usted a Escandinavia —me escribe— y no viene más a Francia, cuya importancia es indesdeñable, centro de Europa, foco de cultura y laboratorio múltiple de las mejores experiencias políticas?”.

El provocativo planteamiento concita la respuesta. Y hace dos noches, en una de estas heladas de Estocolmo, tan helada como aquella que debió llevarse a Descartes, me propuse contestarle. Mas, un poco al desquite, por haberme obligado a escribir epístola tan larga, inserté en ella el sumario de mis réplicas; sin excluir el exordio.

Conocía desde muy joven, aunque al pasar, dos de los países escandinavos: Dinamarca y Suecia. Copenhague fue la primera capital europea que vi desde el mar. Y cuando salí de Rusia en 1924, Estocolmo apareció ante mis ojos una dorada mañana de octubre, cual urbe de encantamiento. No sé qué sortilegio tuvo sobre mí esta ciudad, sin duda bella, aunque no todavía tan populosa y movida como es hoy. Pero su atracción me hizo visitarla varias veces después, en mis días de estudiante.

En esta tercera visita a Europa vine dispuesto a ver de cerca, y con otros ojos, a los países nórdicos, acerca de los cuales había leído una media docena de libros durante mi asilo en la Embajada de Colombia en Lima. Y al pasar por las costas brasileñas, tuve la buena suerte de ver ingresar al barco en Bahía a dos suecos eminentes que regresaban después de concurrir a importantes certámenes internacionales: al profesor Elis Berven, famoso cancerólogo, médico eminentísimo —a quien varias veces se llamó a Moscú hasta 1953 para diagnósticos sobre prohombres enfermos rusos—, y a un tecnólogo de alto prestigio, de la Real Academia de Ingenieros de Suecia, el profesor Edy Velander. Compañeros de viaje, ellos y sus esposas —de uno largo y amable con muy pocos pasajeros—, la travesía hizo la amistad, y la atracción de Escandinavia devino más perentoria.

Visité Suecia, Noruega y Dinamarca durante el pasado otoño. En cada uno de estos países hallé tan interesantes e imprevistas enseñanzas que me propuse volver, y, a paso

más lento, revistarlos para completar lo visto y aprendido. Además, no dejar de ver Finlandia.

Hay una Europa occidental de posguerra, o un lado de ella, que es, en mi sentir, la Europa nueva. La Europa que puede llamarse nórdica, sobreviviente de la guerra, en uno y otro campo, cuyo resurgimiento señala una superación efectiva del pasado. En ella está la Alemania que revive, Bélgica, Holanda y Escandinavia. Y en esta, como excepción de primacía, Suecia, que hace ciento treinta años no participa en guerra alguna.

En esta Europa, en la cual Suiza está asimismo siempre presente, me parece que es donde el hombre de posguerra puede aprender mucho. Por razones obvias, Inglaterra y Francia carecen de las dimensiones de países renovados, a despecho de sus relativos progresos. Ambas son viejas potencias imperiales en tránsito hacia la nueva configuración de un mundo en el cual el colonialismo languidece. Italia, con mayor impulso, va reponiéndose y superándose de la derrota y la demagogia del fascismo. Pero no es en esta Europa que dificultosamente se rehace de la gran peripecia bélica, donde se hallan los mejores indicios del resurgimiento de un mundo democrático.

Comparativamente, mejores experiencias de caracterismo integral nos deparan Alemania, como fenómeno colectivo de verdadera resurrección, los Países Bajos, y, en forma insuperada, Escandinavia.

“¿Qué es —escribí yo a mi amigo el diplomático de París— lo que la humanidad aspira o por lo que las potencias imperiales están listas a pelear?”.

Teóricamente, filosóficamente, esta contienda de gigantes se dice que es por la justicia. El Imperio comunista quiere dominar el mundo para que el hombre sea feliz bajo un nuevo régimen económico. Y el Imperio capitalista sostiene que la promesa comunista es falaz, que el precio de esa promesa es la libertad del hombre y que sin esta no hay justicia.

Pero acontece que ni el Imperio capitalista ni el Imperio comunista —o los sistemas económicos que ellos representan, en sus formas extremas— han dado la esperada respuesta que la humanidad esperaba. Cientos de millones de habitantes de este planeta, en el cual solo hay minorías satisfechas, viven distantes de una vida justa y decente. El capitalismo engendró el comunismo como su negación, pero esta no ha llegado hasta hoy a superar aquello que recusa como inhumano e injusto. Y el antagonismo de estos dos formidables contendores ha desembocado en una escueta e implacable lucha por el poder.

De aquí que hoy no se hable ya de doctrinas, de principios, de ideales. Se habla de cuál de los dos enemigos es más fuerte, de quién tiene la bomba más potente, y de cuál de ellas será de mayor poder destructivo, si la de hidrógeno o la de cobalto.

En este clima de guerra se vive bajo la miseria y el miedo. La tiranía del comunismo se cohonesto por el riesgo bélico. Las incongruencias y abusos del capitalismo tienen en su campo una excusa semejante. La libertad del hombre es inmolada de un modo o de otro en ambos mundos, y aunque en el que se llama libre todavía se luce porque lo sea, la incertidumbre y confusión paralizan más y más en las mentes la capacidad de razonamiento.

Queda en Europa un rincón de pueblos que ha hallado su respuesta. Al filo de la zona de peligro, en los linderos de los dos mundos, existe un grupo de Estados que ha acabado con la pobreza indigente, con el analfabetismo, con el desempleo, con el desamparo, con la inseguridad frente a la vida. ¿No es interesante venir a verlos? ¿No es sorprendente hallarlos, en contraste con una humanidad amargada y recelosa, pesimista o desesperada, tranquilos, alegres, seguros, a pesar de que se saben desarmados?

Aquí, quienes hemos aspirado siempre a un mundo mejor y hemos sido tachados de soñadores aprendemos a comprobar que no lo fuimos. Pero aquí se encuentra también un mensaje nuevo para la humanidad sin rumbo, que nos dice cómo es posible la justicia y cuán innecesaria es la lucha de clases y las guerras genocidas, pues solo hace falta que los ricos sean menos ricos y que el Estado vele por la comunidad, para realizar sin dictaduras ni terror la obra de una democracia cabal. Y esto se aprende en Escandinavia y no en París.

Estocolmo, marzo de 1955

Fuente: Mensaje de la Europa Nórdica. V.R. Haya de la Torre.